

# *Adolf Hitler, La antítesis de: Si me tengo a mí, lo tengo todo*

## INTRODUCCIÓN

**“Si me tengo a mí, lo tengo todo”** de Shakespeare, me sirve como fuente de inspiración en este proceso para comprender que cuando un ser humano se conoce y se habita, puede convertir su vida en un caudal de bien para el mundo, y, justo cuando sucede lo contrario, es decir, cuando el ser humano vive ajeno a sí mismo, puede ser el causante de un profundo sufrimiento en los seres que le rodean. Es este el caso de Adolf Hitler.

Curiosamente, mientras investigaba sobre su vida para colocarla en tu mirada, sentí como si su voz me hablara, diciéndome:

***“Deja que sea yo quien cuente mi historia” ,  
“Deja que sea yo quien saque las propias lecciones  
de tanto daño en el mundo”.***

Así que ahora me convierto en la que transcribe, lo que esta energía de uno de los hombres más sanguinarios de la historia, quiere decirte. Como afirmaba en la introducción del primer material, **“las circunstancias y el sentido de vida”** y sin ánimo de hacer ningún juicio, vas a mirar, escuchar, leer y acercarte a este ser humano por dentro. Vas a conocer cómo hizo de sus traumas personales, un infierno para la humanidad. Justo, a gran escala, esto es lo que puede y suele suceder cuando no nos tenemos a nosotros mismos.

Deseo que mientras lees, puedas ir hacia dentro de ti e ir reflexionando sobre esta realidad descarnada del daño que se hace cuando no hemos sanado nuestras heridas.

¿QUIÉN SOY YO?

Soy Adolf Hitler, el máximo dirigente de la Alemania nazi, un hombre sin escrúpulos que eliminé las instituciones democráticas de la república alemana e instauré una dictadura del único partido que legitimé; el partido NAZI, desde el que establecí la represión contra toda oposición e impulsé un robusto aparato propagandístico para el servicio de mis propios ideales: **la superioridad de la raza aria**. El ideal “ario”, como llamé a los de la raza

predilecta, era rubio alto y de ojos azules. Todo lo contrario, a mí, que era bajito, de ojos oscuros y bastante desaliñado. ¿Qué contradicción verdad?

Mi odio indiscriminado por los judíos y todos los seres que no se rindieran ante mi superioridad y mi ego insuflado de agresividad, me llevó a asesinar a más de 12 millones de personas que consideré de poca ayuda para la humanidad. Un poco antes de mi suicidio dije:

***“Mañana muchos maldecirán mi nombre”***

¿Te resulta brutalmente sincera mi presentación?

Pues lo que he dicho, es justo lo que suele decirse de mí cuando se pronuncia mi nombre y se cuenta quién soy. Literalmente, una vergüenza para la humanidad.

Con el deseo que comprendas un poco más las posibles causas de mi actuación, te compartiré fragmentos de mi historia, aquellas que seleccioné como principales y que modelaron al monstruo en el que me convertí.

Nací un 20 de abril de 1889 en Braunau am Inn, una pequeña aldea de Austria, no muy lejos de la frontera alemana, en lo que entonces era el imperio austrohúngaro. Se encargaron de traerme al mundo Alois Hitler, mi padre y Klara Pözl, mi madre y quien fue la tercera esposa de mi padre. Fui el tercero o cuarto de 6 hermanos, de los cuales sólo sobrevivimos, Paula y yo. De esta familia no hay ningún descendiente, a la muerte de Paula en 1960. Creo que esto ha sido lo mejor.

Recuerdo que, en mis primeros años de vida, nos mudábamos constantemente de casa. Mamá era una mujer temerosa y se plegaba -aunque estuviese en desacuerdo- a todo lo que decía Papá. Mi padre era un hombre despiadado, duro, violento; un alcohólico que descargaba su frustración y sus complejos en mí. Me maltrataba constantemente y cuando llegaba de su trabajo, encontraba el menor motivo para detonar su furia en mi cuerpo. Le tenía terror y un gran odio, al mismo tiempo. Cuando tenía 10 años, mientras el cinturón de cuero de su pantalón se deslizaba por mi espalda, dejando marcas y heridas en mi pequeño cuerpo, le grité que no me dolía y que nunca más me vería llorar.

Esta fue quizás una de las últimas veces que me pegó de esa forma despiadada. Mamá se escondía detrás de la puerta para no ver, mientras yo sostenía mi férrea voluntad de no llorar y de contar cada azote, distrayéndome con ello para no sentir. Los insultos verbales continuaron, no así los golpes que cesaron por completo.

En la primaria fui un buen estudiante, pero en el primer año de secundaria reprobé y a partir de allí nunca hice nada por mejorar mi nivel académico. Esta era mi manera de gritarle a Papá que no sería como él, que no me convertiría en un agente aduanal, que se olvidara de sus sueños conmigo. Era mi manera de vengarme de tanto maltrato y de tanta humillación.

Cuando tenía 14 años mi padre falleció y yo te digo que para mí fue un gran alivio, tenía mucho rencor acumulado. A mi madre Klara la amaba y la sentía un gran apoyo en mi vida, sin embargo, me molestaba sentirla tan vulnerable y miedosa.

La desvalorización, el maltrato y el sufrimiento provocado por mi padre junto a otros acontecimientos de mi infancia, fueron el caldo de cultivo para alimentar mi rabia contra el mundo, mi deseo de generar daño en otros y desquitarme de tanta frustración reprimida.

El fallecimiento de mi padre, en plena adolescencia, en lugar de animarme a convertirme en un estudiante excelente, dado que ya no tenía a nadie que me maltratara y dijera improperios, fue la excusa perfecta para dejar la secundaria. Fingí una enfermedad, encontré apoyo en mi Mamá y durante 4 años, me dediqué a perder el tiempo y a andar de vago, sin querer hacer nada. En este tiempo Mamá enfermó y murió de un cáncer de seno. Yo tenía 18 años, me sentí solo en el mundo y sufrí muchos desprecios.

Creía en aquellos tiempos que lo mío era la pintura, aunque también me gustaba mucho leer de la historia y mitología alemana. A los 16 años voy a Viena apoyado con el dinero de mi Mamá y otros parientes. El motivo: solicitar el ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Hice el intento en dos oportunidades, pero ninguna de las dos, dio resultado; fui reprobado. Uno de los profesores que vio mis dibujos se rió en mi cara y me dijo: "*Careces de talento, vete en busca de otro oficio*". Sentí deseos de estrangularlo y salí de la Academia decepcionado y hecho una furia, jurando que no volvería nunca más.

Permanecí en esa ciudad sobreviviendo como vagabundo, obrero de construcción, cargador de maletas, barrendero de nieve, hasta los 24 años. Mis ingresos eran muy pocos y fui desalojado del departamento que rentaba, con lo cual terminé en un hostel de mala muerte. Tuve una pensión de orfandad y saciaba mi hambre en comederos de indigentes. Mi situación nada halagüeña mejoró un poquito cuando empecé a pintar cuadros y venderlos en una Viena cosmopolita y multicultural.

En esos tiempos fueron creciendo mis prejuicios racistas y mi deseo de volcar toda la rabia que llevaba en mi interior a un mundo que culpaba de todas mis desgracias. Jamás miré hacia dentro, siempre culpé al afuera de lo que yo vivía, era una víctima de libro de las circunstancias.

Fue entonces cuando arreciaron mis deseos de leer libros históricos y mitología alemana. Esta obsesión por los relatos sobre el pueblo alemán me convirtió en un ferviente nacionalista pangermano, que aborrecía a los Habsburgo y la diversidad étnica del Imperio Austrohúngaro.

En 1913 junto a mi amigo Rudolf Häusler, marchamos a Múnich; un año después estalló la Primera guerra mundial y fue la ocasión propicia para elegir ir al servicio militar. Mi entusiasmo fue tan grande que me arrodillé y di gracias al cielo por haberme permitido vivir ese momento. Fui el más ferviente servidor, cuando tomaba un arma para combatir era el más pleno de todos y no había para mí nada más. Fui condecorado dos veces por la Orden "Cruz de hierro", aun cuando no destacaba por mi inteligencia, si destacaba por mi voluntad férrea de combatir con fervor.

Mis pensamientos estaban influidos directamente por las ideas de Benito Mussolini y se alimentaban del temor del pueblo alemán por la crisis que vivía el estado. De esta manera crecían mis delirios de grandeza y mi necesidad de ser reconocido como un hombre de carácter, nacionalista, pero no patriota.

Pronostiqué que Alemania perdería la guerra por causa de los judíos y los marxistas. Y así fue, eso hizo que se alborotara aun más mi rabia contra esos a quienes responsabilizaba de tanta desventura.

En medio de esa contienda y con esta profecía en mi cabeza, un gas venenoso me alcanzó y quedé casi ciego. Creo que esa ceguera momentánea fue el resultado de mi reacción histérica y desproporcionada ante lo que veía. Efectivamente, Alemania fue derrotada, yo me quité la venda de los ojos y

supe que mi único objetivo en la vida era salvarla de tanta ineptitud. Aquel día decidí consagrar mi existencia a dejar en alto el nombre de la nación.

Me uní al Partido Obrero Alemán, de signo nacionalista, en septiembre de 1919, y en abril de 1920 dedicaba todo mi tiempo a esta labor. En esa época, lo rebautizamos como Partido Nacionalsocialista Alemán del Trabajo con sus siglas **Nazi**. Fui elegido en 1921 su presidente/Führer con poderes dictatoriales. Me rodeé e hice amigo de tres hombres influyentes: Goebbels, Goering y Himmler que me permitirían llegar a los hombres con más poder financiero que apoyaron con mucho dinero el afianzamiento del naciente partido.

En 1923 intenté dar un golpe para hacerme con el poder, pero fracasé y acabé en la cárcel por un periodo de nueve meses. Tiempo que aproveché para escribir "MI LUCHA" donde plasmo las ideas políticas y patrones que se debían seguir para que la fuerza aria ascendiera a la cumbre del poder. Tiempo también donde se creció mi popularidad que daría paso a lo que venía al salir de prisión.

Al abandonar la cárcel y con más garra renuevo el Partido Nazi y expulso a todos los que no compartían mis ideales o que pudieran hacerme sombra. Modero en apariencia mi discurso y cambio mi estrategia, pero no mi ideología. Estaba claro que lo único que deseaba era llegar al poder de manera legal y sin compartir ese triunfo con nadie.

Dado que no era bien visto por el gobierno y los que decidían entonces, hice un trabajo a gran escala a nivel país. El laborioso trabajo de mis seguidores hizo que miles de alemanes que estaban descontentos con la crisis del país se colocaran de mi lado y fue así como fui ganando más y más adeptos.

Difundí mi doctrina de odio racial y desprecio por la democracia en los numerosos mítines que organicé y, mientras tanto, las organizaciones paramilitares del partido aterrorizaban a sus enemigos políticos. No tardé en convertirme en la figura clave de la política de Baviera gracias a la colaboración de oficiales de alta graduación y empresarios adinerados.

Fui ganando más y más gente inconforme, frustrada y acomplejada, al punto que en 1933 tras una ola de protestas soy nombrado canciller de Alemania por el mismísimo presidente Paul Von Hindenburg. Lo demás, a partir de allí, fue coser y cantar, ubicado en el poder, destruí el régimen constitucional al hacer que el parlamento aprobara una ley habilitante que me daba libertad

de establecer leyes sin necesidad de someterlas a votación por un periodo de 4 años. Así eliminé a todos los partidos políticos alemanes, a excepción del mío, el nazi y del cual yo era el máximo referente.

Tomamos el control de la economía, los medios de comunicación y todas las actividades culturales, haciendo depender los puestos de trabajo de la lealtad a mi ideología. Contaba con policía secreta, la **Gestapo**, y con las cárceles y campos de concentración para intimidar a todos los que se opusieran a mi régimen, aunque, debo decir, que la mayoría de los alemanes me apoyaban con entusiasmo.

De esta forma comenzó lo que llegó a conocerse como Nazismo o el Tercer Reich de Alemania. Este fue un régimen totalitarista, extremadamente nacionalista en el que se exaltaba la supremacía racial y el culto a la personalidad, es decir, a mí, el líder supremo.

Muere el presidente Hindenburg, y yo me proclamo Führer haciendo que el ejército se someta a un juramento de fidelidad. Quienes no estuvieron de acuerdo con mis ideales nazi terminaron muertos en una limpieza a la que se le conoció como Noche de los Cuchillos Largos, en junio de 1934.

A partir de aquí y hasta aquel día de mi muerte, pasaron casi 12 años en los que, en nombre del triunfo de la raza aria, cometí y cometimos las mayores barbaridades de la historia, porque, aunque nunca puse un pie en un campo de concentración fui quien alenté tanto daño, proclamando que:

***"Cuando se inicia y desencadena una guerra  
lo que importa no es tener la razón,  
sino conseguir la victoria"***

Mientras escribo soy consciente que mi odio desmedido, un odio que comenzó con mi Padre y que luego llevé a mí y al mundo, me hizo un adicto a la cocaína y me generó enormes problemas físicos: Sufría de un colon irritable, tenía lesiones en mi piel, afecciones fuertes del corazón que latía de forma irregular, tenía Parkinson y era un "psicópata neurótico". Mi obsesión y mi falta de respeto por mí mismo terminaron en un cáncer de garganta. Todo aquello que no dije de manera correcta, todo aquello que no gestioné emocional, mental, espiritual y socialmente terminaron en una paranoia que me llevó a darme un tiro y de esta manera, acabar con tanto daño dentro y fuera de mí.

Jamás pude sentir y hacer vida esa certeza de Shakespeare

***“Si me tengo a mí lo tengo todo”***

Tampoco la de Miguel de Unamuno:

***“Busca... en tu ámbito interior, ...el de tu alma.  
Forcejea por meter en ella al universo entero,  
que es la mejor manera de derramarte en él.***

Mi historia es digna de ser contada, sólo para que otros aprendan la lección y volteen a mirarse, a sanar y a hacer de sus vidas, obras de amor y no de destrucción.

En resumen:

**¿Qué fue aquello que me llevó a mí y a más de medio millón de personas a involucrarse y asesinar sin piedad a casi 12 millones de seres?**

Es evidente, los miedos y temores de las clases medias alemanas, ante los crecientes cambios del mundo moderno; las ideas de Benito Mussolini que se crecían como reguero de pólvora por toda Europa; la conciencia de los alemanes de que éramos una raza superior; la poca capacidad de ir hacia dentro de sí para resolver todos los traumas de nuestra vida y las inseguridades personales, fruto de nuestros primeros años de vida...

Seguro que tú, que me lees, reconoces algunas más. Es tu deber compartirlas. ¿Cuáles crees que son?

Y ahora que he llegado al final de mi historia y que tú la has leído, te invito a reflexionar:

¿Qué otras cosas descubres de mí entre líneas? Escríbelas

¿Para qué te sirve conocer mi historia?

De cara a ti ¿qué aprendes? ¿Cuáles son las grandes lecciones?

**¡Gracias por hacer tu propia reflexión y que mi vida sea un ejemplo para sanar tus heridas y ser una fuente de vida para el mundo!**